



© 2016

La web de Antonia Ortega

www.webantoniaortega.com

TIKUS, EL TOPITO FELIZ

Había en un pequeño huerto un topito, se llamaba Tikus.

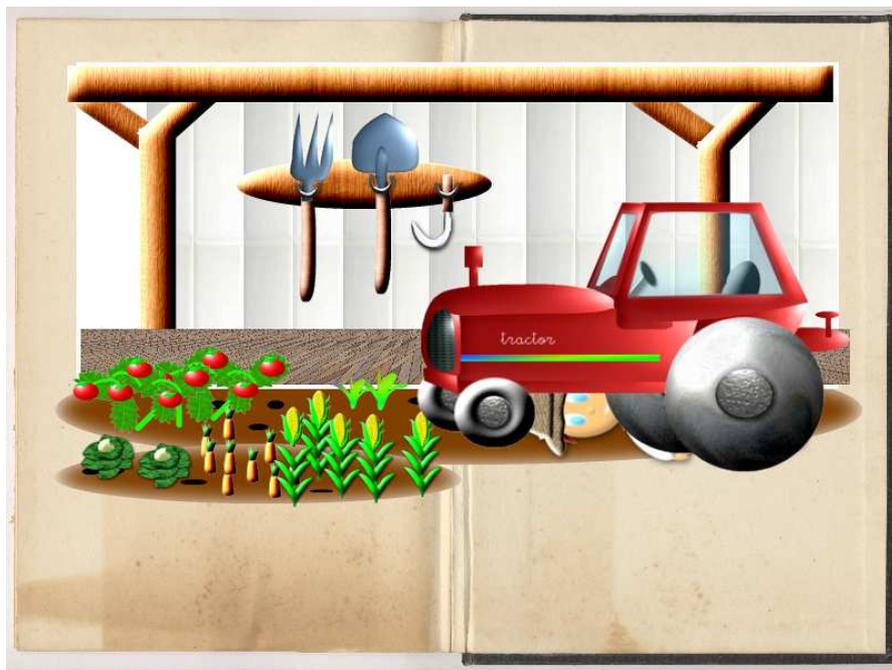
Alguien le preguntó que cómo llevaba ese nombre tan extraño, pero a él le gustaba; alguien le dijo que así llamaban a su familia en un país muy lejano.



Veía poco, como todos los topillos, pero se enteraba de casi todo lo que pasaba en el huerto y siempre estaba dispuesto a echar una mano a los demás cuando estaban en peligro, porque tenía una rara habilidad: su casa tenía muchas puertas y todas estaban siempre abiertas.



El único que no estaba muy contento era el dueño del campo porque claro, siempre desaparecía algo, o alguna de las zanahorias gordas, o alguna col o alguna mazorca... todas las semanas faltaba algo.



Un día decidió ponerse detrás del tractor y por entre las ruedas mirar a ver qué pasaba.

Esperó y esperó pero la espera mereció la pena.

A eso del atardecer, por entre unas hojas apareció Titus, mordisqueó una zanahoria de las gordas y enganchada por las hojas y moviendo el hociquito, porque los topillos ven poco, la hizo desaparecer bajo tierra

El pobre hortelano se quedó pensando qué sería lo que se había llevado su zanahoria, pero se contuvo y siguió esperando.



Al poco, notó que al otro lado de la valla aparecía mamá coneja, se sentaba y esperaba.

Minutos después, como por arte de magia, vio salir de la tierra la zanahoria pero al otro lado del cercado; la pillaba mamá coneja y rápidamente desaparecía entre la maleza.

Qué extraño, pensó, una zanahoria que se mueve, y siguió esperando hasta el anochecer, pero ya no sucedió nada.



Al día siguiente, a la tarde, nuevamente se metió en su escondite, allá tras el tractor, y como el día anterior, vio algo parecido: una pequeña col se movía y, de repente desaparecía.

Miró y miró pero no vio nada.

¡No entendía nada! ¡Un misterio!



Un pequeño baido al otro lado de la cerca le hizo mirar en aquella dirección y allí estaba mamá oveja.

Esperó y, como sucediera el día anterior, la berza salía del suelo y, en la boca de mamá oveja, al trote, desaparecía en dirección al aprisco oveja y berza.

-¡Por Dios! - exclamé con un tono de enfado el hortelano, pero aun así decidió esperar algún día más.

¿El resultado? Pues el mismo, una mazorca desaparecía bajo tierra.



Un rato después, escondidos, sobre unas hojas aparecían un puñado de granos de

maíz; bajaban los pájaros desde el árbol que estaba fuera del su terreno y se los llevaban.



- ¡Esto no puede seguir así!- comentó en voz alta y palo en ristre, salió hacia el huerto.

Miró en los alrededores de donde estuvo la zanahoria y un agujero en el suelo.

Se acercó a donde estaba la col y otro agujero en el suelo y lo mismo al pie del lugar por donde desapareció el maíz.

Estaba claro: había un topo en huerta.

En esto notó a sus espaldas movimiento y esperó sin meter ruido. Moviéndose el hociquito, de un agujero de la tierra, vio cómo salía el topillo. Con un movimiento rápido, ¡zas! ¡Al saco!



-Señor, por favor, déjeme salir- decía el topillo mientras el hombre murmuraba por lo bajito pensando qué hacer con el animalillo.

Cuando escuchó la llamada, se paró y escuchó:

-¡Señor, señor, por favorrrrrr! ¡Señor, señor, déjeme salir!-.

El hombre entre enfadado y curioso le preguntó por qué debía dejarle salir si le estaba robando en su huerta.

-Bueno, es cierto lo que dice, pero era por ayudar a los demás animales, yo no necesito mucho.

Estamos en época de sequía y los animales no pueden encontrar comida y aquí en el huerto siempre hay algo.

Si usted les diera la fruta que cae del árbol o las hojas de las coles que quita para

dejarlas mas bonitas antes de llevarlas al mercado o si les diera esas zanahorias que están feas o muy gordas y que no recoge, pues les ayudaría, así... .

Pues... . soy yo el que les ayudo como puedo aunque no intento causarle perjuicio porque sé que usted trabaja mucho y por eso siempre elijo las que creo que usted quitaría.

Mi olfato me guía y soy pequeño y tengo pocas fuerzas, pero haciendo esto vivo contento y duermo muy bien por las noches-.

-Esas no son excusas, tú eres un topillo, agujereas mi tierra, te llevas mis cosas y me voy a encargar de que dejes de hacerlo de una

vez por todas- dijo el hombre garrote en mano.



El topito Titus respondió:

-Tiene razón, pero piense que si yo desaparezo, mis amigos se pondrán tristes, si, pero también su tierra no estará tan aireada, el agua del riego no pasará tan bien como ahora y no llegará a todas las raíces como cuando lo hacen cuando entra por las puertas

de mi casa, y ... ¿hacemos un trato?- dijo el topillo sorprendiendo al hortelano

-¿Un trato? ¿Y por qué he de hacer un trato contigo? ¿Qué pensaría la gente si supiera que hablo con un topillo y hago tratos con él?-

Tikus, moviendo sus ligotitos, respondió:

-Mire señor-dueño-de-la-huerta. Usted está enfadado pero podemos unir nuestras fuerzas y será bueno para todos.

Usted me deja las hojas que no quiera, la fruta o las mazorcas con granos mal hechos, o las zanahorias que se le rompen al sacarlas, yo me encargo de arar su tierra y de dejarla lista para que sus plantas tengan raíces fuertes y profundas y puedo convencer a mis amigos para que a cambio colaboren en lo que puedan.

Usted pone lo que crea en el rincón y yo me encargo de hacérselo llegar a los demás.

El hombrito meneó la cabeza, pasó la mano por la mejilla, se aplastó la boina, se frotó la nariz, tragó saliva y, tras unos minutos que a Titus se le hicieron eternos, le dijo:

-¡Vale! Trato hecho pero con una condición: solo es una prueba. Si no funciona te irás de mi huerto y no volverás y les dirás a tus amigos del otro lado de la valla que si se acercan servirán de condimento para mis comidas-.



Tikus respiró hondooooooooooooo y pensaba para sus adentros en el alivio de lo que acaba de escuchar.

- Si, Siiii, Siiiiiii- gritó moviéndose inquieto en la pequeña jaula en la que el hortelano le había metido.

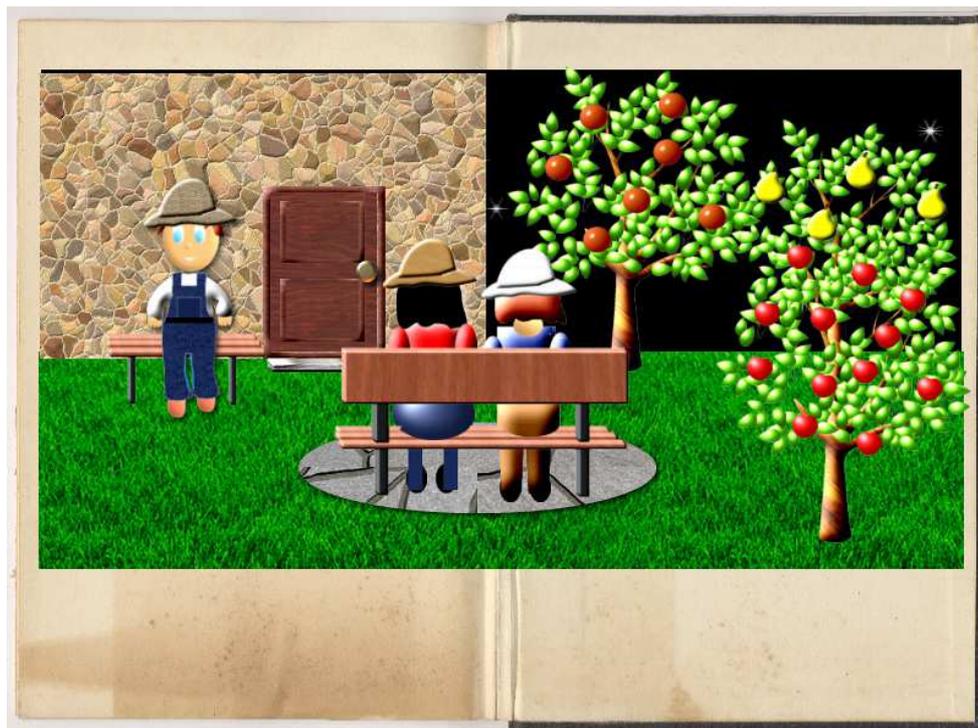
Aquel fue el inicio de algo grande.

El huerto mejoró porque la poca agua de la que disponía el depósito llegaba a todos los sitios, las hierbas y hojas que antes quedaban regadas desaparecían y eran un manjar para mamá oveja.



El árbol lucía hermoso porque los pájaros se encargaban de limpiarlo de insectos y larvas que dañaban la fruta, toda la huerta estaba limpiísima porque mamá coneja, con sus dientes raca-raca iba comiéndose las malas hierbas y cada vez que entraban a hacer la limpieza de la tierra la abonaban generosamente.

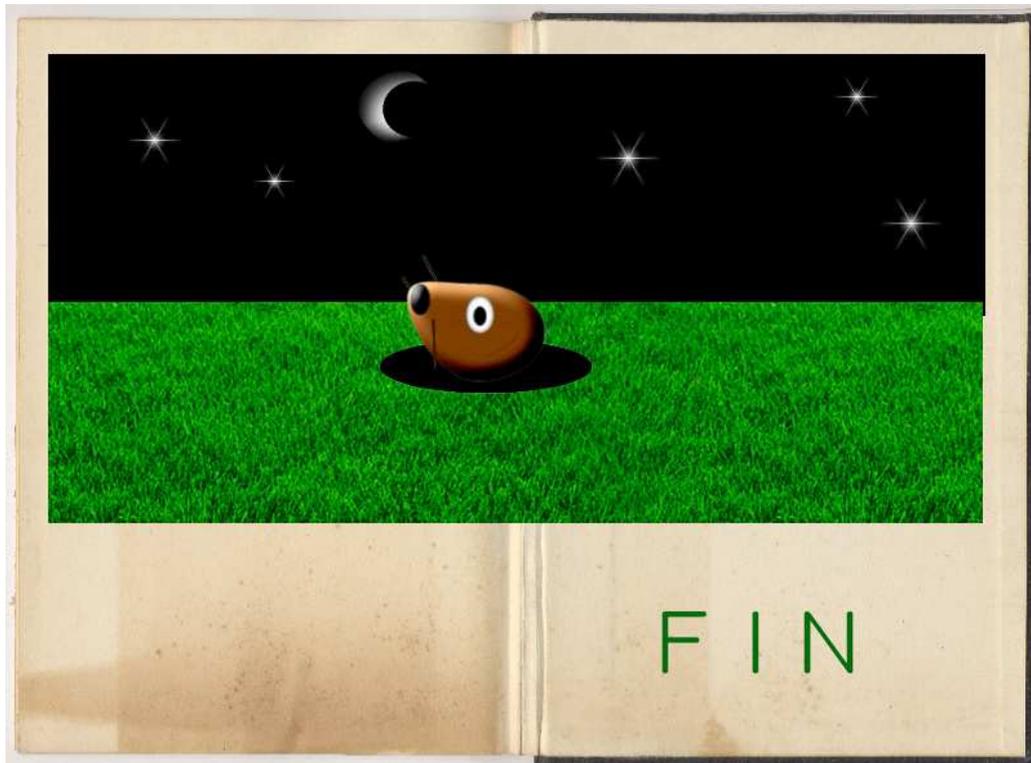
Las zanahorias, tomates, maíz, frutales, .. todo se convirtió en la admiración de los vecinos que no entendían como podía haberse dado aquel cambio.



El hombrito, en las noches de charla mientras tomaban el fresco, allá sentado en la banqueta a la puerta de la casa comentaba con los vecinos que si cada uno hiciera lo que pudiera para ayudar a los demás todos se beneficiarían.

Los vecinos no entendían pero él, cada noche al retirarse les decía: lo que se comparte se multiplica, no lo olvidéis, porque las cosas importantes, muchas veces no se ven.

Mientras, cerquita, asomado a una de las entradas de su casa, Tihus sonreía moviendo sus bigotillos, olfateando el ambiente y en su lenguaje topil se preguntaba: ¿a que no cuesta tanto ser feliz?



Autor: José Carlos Montalbán

Ilustración: Antonia Ortega

© 2016

La web de Antonia Ortega

www.webantoniaortega.com